

Pavorreal que se aburre de luz en la tarde

Hugo Hiriart

En dulce charla de sobremesa,
mientras devoro fresa tras fresa
y abajo ronca tu perro Bob,
te haré el retrato de la duquesa
que adora a veces el Duque Job.

Entre la ingrátida composición de Gutiérrez Nájera (1859-1895) que así empieza y esta otra cuyos versos incluyen:

Como la sota moza, Patria mía,
en piso de metal, vives al día,
de milagro, como la lotería.

De la enigmática y brillantísima *Suave Patria* de Ramón López Velarde, (1888-1921) discurre la *Antología del Modernismo* de José Emilio Pacheco.

Es deliciosa, una época de oro del arte mexicano al alcance de todos, porque, en efecto, la poesía modernista alcanzó inmensa popularidad, gente de toda clase y condición no sólo la leía, sino la aprendía de memoria y la recitaba. Edad en que el libro *Declamador sin maestro* se estudió con avidez.

La última alta poesía que se memoró y recitó fue, creo, la de Ne ruda y la de García Lorca. En la Preparatoria uno, cuando estudiamos ahí, muchos sabíamos de memoria, quién sabe por qué el “Pequeño vals vienés” de *Poeta en Nueva York* de Lorca. Después de ellos sobrevino la glaciación poética y un abismo, de dificultad que dura hasta nuestros días, se abrió entre el gran público y los poetas.

Pero no se piense que, con sus esdrújulas, cisnes, palabras rutilantes, elegancia versallesca y amenaza de sustos decadentes y satánicos, y con su “amo más la Grecia de los franceses que la Grecia de los griegos” que trazó el pródigo oído de Rubén

Darío, el modernismo gozó siempre del favor del público; al contrario, fue rechazado al principio como audacia excesiva y extraviada que ni siquiera poesía podía llamarse. Los modernistas lucharon; y fue el tiempo de la bohemia menesterosa, admirablemente retratada en la obra maestra del teatro modernista, *Luces de Bohemia* de Valle-Inclán (cuyas *Sonatas* son de lo más característico de la novela modernista).

La *Antología* de Pacheco no es un libro nuevo, vio la luz en 1970 publicado por la UNAM, pero, como sigue tan vivo como entonces, podemos decir que está calado y ha resistido la prueba del tiempo. Será porque, entre otras cosas, como siempre Pacheco es elocuente con sencillez, erudito sin pedantería y muestra una fina sensibilidad para elegir la información que puede ser atractiva y valiosa para el lector común.

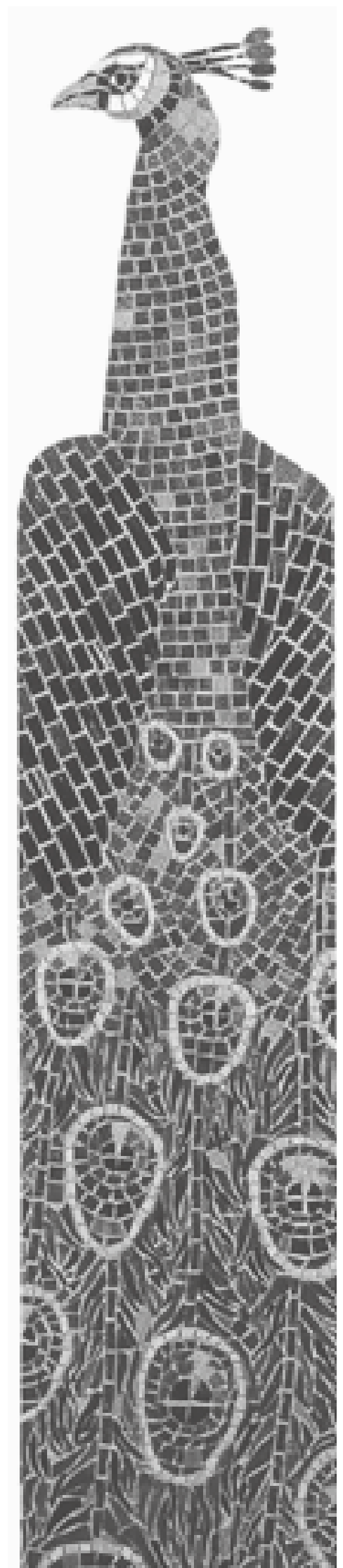
Después de una introducción, que ha gozado desde su publicación de merecida fama, viene la antología que no tiene desperdicio, y sí muchos deleites. Cada poeta va precedido de una breve biografía y un microestudio crítico; los poemas van seguidos de notas no sólo útiles, sino interesantes de suyo.

Y desfilan los poetas, el Duque Job, Gutiérrez Nájera, forzado de la prensa diaria, y el inmenso Díaz Mirón, ciudadano violento y poeta de delicadas sonoridades, como ésta que sopla así:

Ni céfiro blando que aliente, que rase,
que corra, que pase.

Manuel José Othón, modernista neoclásico cuyo magistral *Idilio salvaje* en su desesperación incluye el endecasílabo:

¡El desierto, el desierto... y el desierto!



Francisco González de León, boticario de Lagos de Moreno y poeta discreto que “enseñó a López Velarde a ver la provincia como material artístico”; el cultísimo Francisco A. de Icaza, que conquistó Madrid, cosa que parecía imposible para un mexicano. El amable viejecito Luis G. Urbina, cronista, poeta, “el hombre de letras más representativo de su época”, como recuerda Pacheco, lo llamó Julio Torri.

Y el más famoso de todos, Amado Nervo, que revestido de sincera humildad trató de purgar el modernismo de alambicadas sonoridades, para alcanzar una poesía de expresión directa de la confesión íntima. El cosmopolita y versátil José Juan Tablada, vanguardista infatigable, espíritu de inquietud insatisfecha, célebre introductor del *haikú* en México:

El pequeño mono me mira...
¡Quisiera decirme
algo que se le olvida!

Enrique González Martínez fue médico; la vida en 1952, cuando murió, era por completo diferente de la de 1871 cuando nació; su existencia atraviesa todo el modernismo y aun lo deja atrás; famoso es el verso que se ha tomado por antimodernista (por ser el cisne emblema del modernismo):

Tuércelo el cuello al cisne de engañoso
[plumaje...

María Enriqueta, única mujer de la antología, esposa del historiador Carlos Pereira, escribió, además de poesías, novelas y compiló el célebre libro de lectura *Rosas de la infancia*. Vivió noventa y seis años.

El sacerdote Alfredo R. Placencia llevó el modernismo a la frontera del arte expresionista. Estos alucinantes versos son suyos:

Así te ves mejor, crucificado.
Bien quisieras herir, pero no puedes.

Los refinados Rafael López y Efrén Rebollo; este último llegó a la cima de la poesía erótica modernista con los sonetos de *Caro Victrix*, triunfo de la carne:

Saturados de bíblica fragancia
se abaten tus cabellos en racimo
de negros bucles, y con dulce mimo
en mi boca tu boca fuego escancia.

Y por último, el inmenso Ramón López Velarde, sorprendente y a la vez impecable, el más inventivo, certero y característico, me parece, de nuestros modernistas.

El disfrute de la poesía tiene en esta antología un momento de rara intensidad que es, a la vez, en cierto modo, sencillo, familiar, pese a su afán de exotismo y sorpresa. No sé por qué esta poesía guarda el secreto, como la mariposa, de revolotear siempre joven, un poco irresponsable, ingravida, seductora, ágil, cristalina... [1]



El disfrute de la poesía tiene en esta antología un momento de rara intensidad que es, a la vez, sencillo, familiar, pese a su afán de exotismo y sorpresa.